



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

MOHAMED BOUISSEF REKAB

Cobijo inminente

Edición impresa

Mohamed Bouissef Rekab, *Cobijo inminente* (2003)

En

Tres Orillas. Revista intercultural. Algeciras: Asociación de Mujeres Progresistas Victoria Kent, Diciembre de 2003, nº 1 (pp. 83-88)

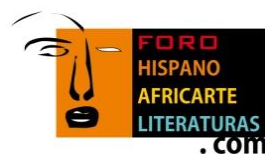
Edición digital

Mohamed Bouissef Rekab, *Cobijo inminente* (2011)
Enrique Lomas López (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Diciembre de 2011



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D «Literaturas africanas en español. Mediación literaria y hospitalidad poética desde los 90» (FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



Cobijo inminente*

Mohamed Bouissef Rekab

Lo tengo asumido y no lo considero vano. Voy a tejer un amplio horizonte de esperanza para que cuando llegue a España no me puedan echar. Ellos respetan las leyes internacionales y no me van a expulsar. Voy a aliarme con sinvergüenzas, con el mismo diablo, y les voy a entregar lo más preciado que tengo; si con ello consigo abrirme camino en la vida, lo consideraré positivo.

No me importa estar con cualquiera de ellos; me da igual. La «falsa» rubia, que dice llamarse Nuria, me ha estado comentando que le gusta el joven de la cabeza rapada; dice que ya que va a entregarse a un hombre, cosa que ha hecho infinidad de veces —explica—, que por lo menos le guste, ya que esta vez paga ella. ¡Qué rara es la vida! Lo que dice la chica es verdad, voy a ofrecerme a un hombre y encima pago dinero. ¡Cuántas veces, en maravillosos sueños celestiales, me veía abrazada por un rostro ardiente y deseado! Y ahora esto. ¿Murad me perdonará mi conducta algún día?

Hay once jóvenes que esperan conmigo el momento oportuno para «aparearse» con uno de los seis individuos que hay en la casa, que pasan todo el tiempo jugando a las cartas y fumando; apenas se les oye hablar. También están las dos chicas africanas; éstas no deberán seguir nuestro ritual. El que dirige toda la operación, les ha señalado a los seis hombres que deben estar a nuestras órdenes, que cuando nosotras se lo pidamos, uno de ellos deberá ponerse a disposición de la que esté preparada; y lo deberá hacer durante cinco o seis noches —y si la chica considera oportuno copular de día, debe hacerle caso—, tiempo éste en el que generalmente varía el periodo de fecundación y la chica que sea, se lo pida. Por mi parte creo que dentro de un par de días, probablemente mañana mismo, tendré que pedirle a uno de los seis sementales que me dé sus granos de vida; la seguridad para poder quedarme en España.

Nuria, la falsa rubia, parece una auténtica flor sensual; no para de provocar al «cabeza rapada» para que se acueste con ella mucho antes de estar preparada. Lo desea y así lo manifiesta.

—Me encantaría que se pasara conmigo estas semanas que voy a estar aquí. Es uno de los tipos de hombres que me chiflan...

—El jefe no quiere que se acuesten con nosotras así. Les ha prohibido, y lo ha hecho delante de mí, que mantengan relaciones personales con nosotras; que únicamente deben intentar dejarnos embarazadas; solo eso. Ni siquiera conoceremos sus nombres.

—Ya lo sé, pero si él está dispuesto, yo no me negaré. El jefe no tiene porque enterarse.

El «cabeza rapada», según me fijo, ni siquiera se digna mirar a la chica que se desvive por él. Su trabajo le interesa más.

* Premio de Relato Corto Victoria Kent 2003.

En el cuarto que me han asignado estoy con otra muchacha; ésta es mucho más tranquila que Nuria; se llama Fátima; es una de las mujeres más guapas que he visto jamás; la habitación se comparte hasta que pedimos la compañía de uno de los reproductores; después, la que sigue esperando, se va con otra compañera de fatigas. Al igual que yo, y que la mayoría de las otras chicas, Fátima desea irse a España a abrirse camino en la dura senda de la vida, y lo que va a hacer en esta enorme mansión únicamente es un medio para alcanzar un objetivo duramente aceptado. Hoy, cuando sale a pasear por los pasillos de la gran casona, me deja sumida en una honda y profunda angustia. Y quiero llorar todos los sufrimientos, desengaños y desamores que he vivido en mi país; un gemido me recuerda que no debo flaquear; que nadie debe saber que estoy casi vencida. Y salgo a hacerle compañía a Fátima.

—¿Cuándo vas a estar preparada?

—Haciendo cuencas, creo que a lo sumo será dentro de tres días. Porque si tuve la última regla hace tres semanas, será así.

—No sé cómo va a salir esto. Temo que la policía o la guardia civil nos detengan en el Estrecho y nos echen para atrás.

—El jefe sabe lo que tiene que hacer. Dijo el otro día que tiene el camino abierto hasta una playa de Tarifa. Que a partir de ahí deberemos buscarnos la vida, pero que no tendremos problema ninguno porque los responsables españoles, asegurándose que estamos embarazadas, nos dejarán en territorio español. Siempre que viene me explica cosas como éstas y es muy amable conmigo... Lo que no entiendo es que me está desanimando a que me vaya.

—¿Y cuando tengas el bebé qué piensas hacer?

—Lo criaré y si me sale un novio me caso...

—¡Qué difícil lo veo!

Mañana le diré a uno de esos sementales que me acompañe a la habitación. No quiero que se me escape ninguna oportunidad.

Durante la cena siento una dulce armonía y me pongo a nadar en una embriaguez sin límites. El mal momento de la tarde se esfuma de mi memoria. Seguro que es porque mi estado natural me empuja a pensar que en la oscuridad de siempre, vislumbro una luz al final de un largo túnel, pero luz al fin y al cabo; una vaga esperanza de mejora. Ya en la cama, me cubro la cabeza con la almohada para no sentir ningún ruido y poderme quedar dormida; mas en mis sentimientos afloran lejanas estridencias e imágenes lúgubres se instalan en mi mente. Mis padres en ningún momento estuvieron de acuerdo conmigo para que emprendiera esta aventura. ¡Y eso que no saben lo de provocar el embarazo! Lo llegan a saber y mi padre me mata antes que seguir hablando del tema. Ni siquiera saben que he mantenido relaciones con Murad durante bastante tiempo; para mi padre siempre seré la inmaculada hija que se casará un día y hará feliz a su marido; ¡qué equivocados están los padres con sus hijos!... Mi huida de la casa los habrá destrozado, pero ¿qué podía hacer? Me he matado buscando trabajo y no he encontrado nada. El impulso que me ha llevado a hacer esto, es para mejorar mi

situación y ayudar a mi familia. En realidad la culpa de todo es mía, porque cuando mi padre se mataba trabajando para que yo estudiara, a mí se me metió en la cabeza que eso era una tontería... En fin, lo que importa es que estoy metida hasta el cuello en este maldito embrollo y no sé qué va a pasar. ¿Qué estará haciendo Murad? ¿Creerá que he dejado de amarlo? Cuando se me arreglen las cosas iré al barrio y le explicaré todo; espero que entienda la situación y quiera seguir conmigo... ¡Ah, qué bonito si nos casamos y se viene conmigo a España! ¿Aceptaré que sea madre de un hijo de padre desconocido? ¿Aceptaré que me haya tocado otro hombre? Si me pensaba escapar, no entiendo mi estupidez al no entregarme a él; habría sido mucho más lógico que el padre de mi hijo sea el hombre a quien quiero... Mi desgracia es que él nunca habría aceptado que con un hijo suyo, intente entrar en Europa clandestinamente, abandonándole.

Al despertar, veo que Fátima no está en su cama. Es raro, porque de costumbre ella se queda durmiendo cuando yo salgo a tomar el desayuno. El cuarto de baño está ocupado y tengo que esperar. Al abrirse la puerta, sale una joven chica de color; está embarazada; a ésta y a una compañera suya, el jefe les dijo que tenían que esperar a que se formara un grupo importante de mujeres encintas para hacer el viaje, que no podía llevarlas a ellas solas.

—Buenos días; era una de las pocas frases que sabía decir en español la chica subsahariana.

—Buenos días, Sylvie; y le sonrió dándole un golpecito en el brazo. Veo en ella un espíritu en tortura y un cuerpo frágil y cansado. Tiene las tripas bastante hinchadas, sostenidas por delgadas y larguiruchas piernas; su embarazo es su refugio más seguro en la orilla del norte.

Al entrar al comedor, no veo a Fátima, ¿dónde se habrá metido? Me pregunto, pero pronto me entretengo con mi café y mi tostada y mi compañera de habitación sale de mis pensamientos. Todas las chicas están charlando animadamente, al parecer contentas de estar ahí. Sylvie se sienta junto a otra joven, también de color y encinta; seguramente la que la acompañó en esta triste aventura desde el principio. Hablan en voz baja y no comparten la animosidad de las demás muchachas. Nos dan de comer bastante bien; un excelente cocinero nos prepara las tres comidas. A cada momento hay agua caliente y nos podemos duchar. Hay lavadora y una gran cocina con todo lo necesario para su adecuada utilización. El jefe no se porta mal en este aspecto; no obstante no hay que olvidar el dineral que le hemos dado todas. Cuando me tomo el último sorbo de café, recuerdo que le tengo que decir a uno de los sementales que estoy preparada para recibirle. ¿Cómo lo haré? En ningún momento me he fijado cómo lo hacen las demás. Frente a mí se sienta una chica jovencísima, se llama Rachida, tendrá unos dieciséis o diecisiete años; ella ya ha estado con uno de los sembradores de la semilla; germen que me permitirá alcanzar el momento supremo —explica la casi niña—; que me permitirá desatar la angustia que me ahoga —sigue explicando—. Creo que voy a preguntarle cómo se las apañó para decirles a esos individuos que uno de ellos fuera a visitarla. Rachida está hablando animadamente con otra compañera y no se da cuenta que la estoy mirando fijamente. La llamo varias veces antes de que sepa que le quiero hablar.

—¡Uy, perdona, no me había dado cuenta que me estabas hablando! Es simpática y no deja de sonreír todo el tiempo.

—No pasa nada. Quería preguntarte cómo has hecho para que se enteraran esos hombres de que esperarías a uno de ellos...

—Muy fácil. Fui al salón donde están y les dije que había llegado mi momento...

—¿Así? ¿Qué te dijeron ellos?

—Nada. Que no me preocupara, que cuando quisiera que les hiciera un gesto indicándoles que estaría en mi habitación esperando...

Es una locura. ¿Cómo pude hacer una cosa así? ¿Cómo voy a aceptar que me toque otro hombre que no sea Murad? Amo a mi novio y lo siento muy dentro de mí; estar separada de él es el sentimiento de la muerte que se manifiesta en mi espíritu. En él he derramado toda mi ternura y ahora tengo que traicionarle; ahora mi alma siente una profunda tristeza y la angustia se infiltra lentamente en mi corazón. ¿Debo seguir con esta aventura? Él que me ha amado con tanta constancia y predisposición, no admitirá otra persona en mi vida. ¿Qué hacer?

La chica que conversa con Rachida, de nombre Turía, me dirige la palabra para explicarme una experiencia anterior que tuvo.

—Estamos obligadas a quedarnos encintas si queremos permanecer en España. Yo he cruzado el Estrecho y me detuvieron. Cuando a mí me entregaron a nuestra policía, las chicas encintas se quedaron bajo la custodia del gobierno español. Así que no hay que buscarle tres paras al gato...

La tristeza de mi alma al imaginarme bajo el cuerpo de uno de esos animales, hace más fuerte el misterio que encierra el futuro; y por un momento siento que mis fuerzas desfallecen, que deseo estar con Murad... ¡Imposible, debo seguir adelante!

La realidad que estoy viviendo es tan fuerte que todo es pena y dolor. Y deseo la soledad, lejos de todo y de todos; y tampoco la puedo conseguir. Mi espíritu va detrás de los que siempre he amado: mis padres y mi querido Murad.

¡No puedo hacerlo! No puedo pedirle a un individuo que venga a acostarse conmigo. Es más fuerte que yo. Le diré a una de las chicas que se lo diga a uno de ellos... Ellas están acostumbradas porque han conocido otros hombres. Me pondré junto a Nuria y se lo pediré. Ella puede...

—Mira Nuria, ya estoy preparada... A partir de esta noche podré recibir a uno de los seis...

—¡Estupendo! ¡Con cuál de ellos te gustaría estar?

—Yo... Es que... No puedo decidir que vengan a visitarme. Me da mucha vergüenza.

—No te preocupes por eso, ya lo arreglo yo. Le diré al musculoso que vaya a verte, ¿te parece?

—Me da igual.

En mi habitación, a solas, porque Fátima no se deja ver ni durante el desayuno ni en ninguna parte de la casa, me entretengo pensando que pronto recibiría en mis entrañas la vida de un niño; sería el infinito preparado a recibir todas las maravillas. Nuria viene a verme.

—Se lo he dicho al musculoso; que no hay ningún problema. Que si quieres recibirlo también de día, que se lo indiques...

¿Qué será de mí después de esto? Van a ser instantes sublimes que me llevarán al misterio y a sentir en las venas el pasado junto a los míos, Destrozada por la congoja, veo que la puerta que da a la calle se abre; entran el jefe y Fátima; parece contentísima. ¿Qué les unirá para que la chica se haya ido con él? En los días que llevamos juntas, nunca me ha mencionado que tenga nada que ver con él. No entiendo nada, y prefiero concentrarme en mi problema. Intento que todo esté claro en mi cerebro; que lo que estoy haciendo no se convierta en el futuro en un arma contra mí. Fátima me saluda cariñosamente.

—No voy a irme a España. Él —dice señalando al jefe—, me quiere para él y me ha propuesto que me quede. Así no tendré que ir a sufrir la ruindad en España. Me ha dicho que allí te esclavizan de manera inhumana; que te hacen conocer todos los sinsabores de la vida...

Estoy viendo en el fondo de sus ojos toda la verdad que me explica; ir a España, o a cualquier sitio de Europa sin tener la documentación en regla, es sinónimo de entregar tu vida a una gente que busca sacar lo máximo de ti. ¿Debo echarme atrás y no seguir la horrorosa aventura que estoy viviendo? ¿Sería bueno que tuviera ese hijo y que me dieran trabajo y seguridad? ¿Es cierto que me respetarán por mi embarazo? Si no hago lo que he empezado, tendré que regresar a la miseria en la que he vivido hasta ahora; ¿qué hacer?

Por la tarde, cuando Fátima entra al cuarto a recoger sus cosas, me abraza muy fuerte y me desea mucha suerte; que seguramente vas a tener un buen trabajo y ganarás dinero para vivir dignamente —me dice dándome un fuerte beso y yéndose con su salvador—.

Me quedo sola. Prefiero no ir a cenar. Espero ansiosa y temerosa la llegada del semental. ¿Cómo se comportará conmigo? Y al rato, la puerta se abre, y mis nervios se estremecen de tal manera que los siento en todo mi cuerpo, quemándome. El hombre me mira como si fuera un objeto que está acostumbrado a ver encima de un mueble y que no suele tocar. Se desviste sin decirme absolutamente nada... Mis arterias palpitan frenéticamente. Mis entrañas reciben los gérmenes vertidos por ese desconocido hombre, que harán mi futuro mejor —pienso de todo corazón—. Mi alma queda transida de dolor, de asco y de vergüenza. No miro a la cara al individuo que será padre de mi hijo. ¡Lo he hecho! Ya no hay vuelta atrás. Me levanto de la cama cuando el hombre se ha ido. Todo da vueltas a mi alrededor; no sé qué hacer ni qué pensar. Mi cerebro no alcanza a descifrar el acto que acabo de realizar; de nada serviría lamentarme porque lo tenía planeado así, y así ha ocurrido.

Fátima no vuelve por la casa; se ha salvado y prefiere sacarle provecho a su nueva vida. El semental me ha visitado hoy también; lo lleva haciendo varias noches y no quiero seguir con este suplicio diario. Le digo que muchas gracias por todo, pero que ya no es necesario que vuelva usted. Sin decir nada sale de la habitación y me deja sola, sin mirarme. Ahora solo queda esperar...

Todas las que nos encontramos en la casa tenemos que permanecer un mes confinadas para estar seguras de nuestro embarazo. La vida se hace muy monótona, la espera eterna; ambas labradas

por infinita angustia. Cada una de nosotras está sola, con su cuerpo y su alma agonizando. Los recuerdos martirizándonos, haciéndonos vivir momentos de ceguera y perdición en esa cruel realidad.

Ya he sentido en mi seno el cambio; es la incubación de los gérmenes ofrecidos por un desconocido hombre que nunca vera a su hijo. Siento rugir en mis entrañas la fuerza de una vida que nace. Las demás chicas también están encintas; menos una. Una pelirroja que no habla con nadie, introvertida y solitaria. La joven está segura de que no se ha quedado en estado, se lo comunica al jefe. Le dice que sus tristes tardes y su angustia vividas en esa casa, deben obtener premio, que quiere repetir un mes más.

El jefe no acepta al principio.

—No puedo perder el tiempo con una persona estéril. Lo siento; te tienes que ir. Mañana mismo te devuelvo una parte de tu dinero...

—Por favor, jefe; permíteme que me quede este mes, y si no tengo suerte me voy sin más problemas. El dinero te lo puedes quedar.

—Si éste es tu deseo, quédate porque un nuevo grupo vendrá dentro de unos días. Pero si no marcha la segunda vez, no quiero ni hablar del tema...

Rápidamente se volvió al grupo de encintas y nos dirigió la palabra sonriendo ampliamente.

—Bueno, señoras. Mañana es el gran día. Preparad vuestras cosas para irnos; pasaré a recogeros por la noche. No llevéis más que lo necesario para cambiaros de ropa cuando lleguemos a la costa española... Ponedros buena ropa de abrigo, pero que tendréis que abandonar cuando lleguéis.

Desde el fondo de mis vértebras siento brotar una ansiosa luz que desea salir al mundo para iluminarme el futuro y mostrármelo sin misterios. En mis vísceras temblores y palpitations de carnes deseosas de despertar a la vida; y un gran temor me invade: me horroriza pensar que me pase algo en la travesía y que pierda a mi bebé. ¡Lo quiero más que a nada en el mundo! Me grito a mí misma, en silencio.

—...ya sabéis, nada más saltar a la playa os cambiáis de ropa, la que llevéis puesta, estará mojada, la dejáis abandonada y os dirigís al café que hay en la otra parte de la carretera. No lo hagáis todas juntas. Hacedlo de dos en dos. Ahí, si lo deseáis, os recogerá un amigo mío —lo reconoceréis por un traje de cuero negro— y os irá dejando en casas de personas que os darán cobijo al principio. En caso de querer seguir par vuestra cuenta, que tengáis mucha suerte. Hasta mañana.

Tengo que espantar mis melancolías; no debo desfallecer. Me concentro en mi presente para hallarle un sentido a lo que estoy viviendo. Si el jefe ha hecho este trabajo infinidad de veces, no debo considerar que a mi bebé le ocurra nada malo.

En mi última noche en esta casa, no quiero estar triste. Mañana podre empezar una nueva vida can nuevos bríos, con nueva gente; junto a mi hijo que se criará en el seno de una sociedad buena. Casi estoy segura que Murad aceptará casarse conmigo...

Estamos todas en el salón; nuestra preocupación es ver las noticias del tiempo; saber que tal iba a estar el mar al día siguiente.

Rachida se pone a mi lado y me empieza a hablar de una hermana suya que se encuentra en Málaga, de sus sentimientos más profundos.

—En la memoria tengo ahora muchas risas, alegría, a mi familia. Mis seres queridos se acercan y siento como algo que me mueve el corazón, como que aceptan a mi niño...

¿De dónde sacaba esas maravillosas ideas una chica tan joven? La miro y la abrazo. Dentro de poco no nos volveremos a ver; cada cual tendrá su futuro y no es de extrañar que vayamos silenciosamente a la deriva.

Las informaciones nos dicen que el mar está tranquilo pero que se prevé un empeoramiento para el día siguiente: para nuestro mañana. Nos miramos sin decir nada y entre nosotras rueda un signo invisible que infunde temor.

Al día siguiente, el jefe se presenta cuando es media noche. Todas estamos preparadas para emprender el último tramo de nuestra aventura. Llevamos algo en las manos, además de las bolsas de plástico con la ropa que nos pondremos en España, para aplacar que la posible mala suerte que puede estar agazapada en algún rincón, nos sorprenda y nos destruya. Las dos chicas de color llevan una cruz cada una; son cristianas. Las demás, todas musulmanas, una mano de Fátima, o medallitas con versículos coránicos.

En la playa nos ayudan a subir a una gran barca; hay sitio para todas. El bramido del mar es un silbido que nos llega del infinito; nos sobrecoge.

El jefe nos va colocando una a cada lado. Él lleva puesto un impermeable de pescador. Las lengüetas del agua marina lamen las pisadas que acabamos de fijar en la arena y nos invitan a la lucha de la supervivencia.